



## POESIA

Raúl Garduno

### COSAS DISTRAIDAS DESDE EL VERANO

I

Vecindades ciegas como lámparas que abandonan su forma,  
el invierno que mueve las hojas en hoteles  
y en largas avenidas donde la alegría pretende su  
establecimiento...

Todo es la memoria que golpea grandes muros,  
consciente de su alabanza y de su destrucción.

Escriba mi recuerdo el nombre del mundo,  
con las palabras que el silencio inventa y precisa en mí,  
llegue la vida un día a preguntar por libros y fantasmas,  
y en voz adentro:  
que la lluvia entre en su choza de vidrio,  
precipitándose hacia la tarde instantánea y eterna.

II

Deja ya, diosa desconocida del amanecer,  
que diga los placeres de tu corazón,  
los sobresaltos de tu paladar,  
la cama en la que duermo y muero contigo,  
anillo de la vida,  
rueda del amor y del tiempo;  
deja que un día mi voz señale  
la oscuridad que te roza el cuello con su deseo y su ausencia.  
A la ciudad vienen árboles,  
vasijas devoradas por su propio olvido  
y cicatrices,  
sonidos desechos,  
trifulca de comercios y carbonerías,  
y el deseo que todo lo nombra al tendernos sobre la noche  
vacía y ciega.  
La lluvia descubre su propio infinito, ¿escuchas?,  
la línea barre su música,  
miras un sol a tu lado  
y a cada instante tu vida cambia.

III

Para el hombre que se ha visto girar en el universo,  
la calle debe de ser la más grande de sus nostalgias.

No tengo otro sentido sino el que significa mirar;  
mirar solamente y que todo sea dicho,  
como ese aire, el arco amarillento  
debajo de los pasos de nadie sobre la niebla,  
lo que es en sí;  
como el aire otra vez,  
la palabra otra vez frente al pórtico de la contemplación,  
en la casa de música, cuerpo de alhajas de agua,  
láminas antiguas donde el sol ahora piensa en su sombra.

IV

Veo la naturaleza y dejo que mi silencio le dé la razón todos  
los días.

Si el hombre olvidara las piedras del mundo  
se perdería en la oscuridad  
y no vería al dios torpe y lúcido  
que marcha por los corredores del tiempo  
y devuelve alianzas en añicos,  
perdiéndose en lo alto y lejano de su propio juego,  
mientras contempla, caída cierta tarde,  
templos, sí, muros donde la razón cae vencida  
y todo es un espejo de luz...  
No llamo a ninguna razón esta noche.  
Llamo a la vida, como a la fruta acabada de cortar,  
y le insisto por cosas que sólo a nosotros incumben,  
que sólo de nosotros nacen o parten,  
y que a menudo, son como el abuelo que habíamos enterrado  
sin saber más, sin decidir más...

V

Hubo lluvia aquel año. Lo recuerdas con la música en tus  
hombros.  
Lluvia, algo perdido en ti o en mí, ya nadie sabe;  
querías cortar anillos azules de un jardín oculto,  
pero tus manos se hubiesen quebrado sobre el día.  
Todo lo amo en tu rostro  
de cuya semejanza sólo respondería la vida.